**Sobre la ciudadanía social,
o nuevas formas de enlazar el trabajo, los derechos y el cuidado.**

ana f. vega

estudiante de doctorado en la UCM.

Palabras clave.

Interdependencia, derechos sociales, trabajos.

Resumen.

Las concepciones tradicionales de ciudadanía ya no nos sirven. En la presente ponencia pretendo contribuir a las propuestas políticas para una transformación y mejora de tales concepciones. El punto de vista desde el que escribo integra tanto la perspectiva económica como la política, entendiendo que ambas ramas del conocimiento están profundamente conectadas y que su articulación es indispensable para la proyección colectiva de formas de vida alternativas.

En estos tiempos postmodernos asistimos a periodos de cambio, transformaciones y crisis. Aunque a veces nos cueste percibirlo íntegramente, las sociedades y las relaciones que en su seno se establecen están cambiando drásticamente. Desde diversos lugares se habla de un mundo globalizado, de la fragmentación social, la invalidez de antiguos paradigmas teóricos, de la coexistencia de múltiples sistemas de poder y, en definitiva, de la aparición de nuevas realidades que necesitan ser nombradas.

Por todo ello, ninguna única teoría nos sirve para explicar objetivamente a qué se deben las múltiples desigualdades que permanecen en el sistema de poder por género/sexo, propiedad o etnia. Y mucho menos nos sirven ahora que hemos dejado de creer en la objetividad como medio por el cual descubrir verdades irrefutables.

En este texto trato de consolidar desde el feminismo una de las posibles articulaciones entre lo económico y lo político haciendo uso de la noción de “cuidados” como bisagra de unión.

Adoptaré aquella postura que defiende que en la Economía operan elementos que, aunque tradicionalmente excluidos, contribuyen a sostener la vida: los cuerpos sexuados y los trabajos no monetizados. El punto de vista político acogido abarca la comprensión y aceptación de aquellos elementos tradicionalmente demonizados por las Teorías Liberales: el sujeto no autónomo, la interdependencia social y las transformaciones y heterogeneidad del individuo.

La nueva noción de “ciudadanía” servirá para dar forma a la propuesta. Un nuevo concepto para perfilar nuevas realidades.

1. Introducción.

No causaré ningún estupor al afirmar que las condiciones de igualdad en la ciudadanía de los Estados de Bienestar siguen siendo profundamente desiguales. Y no ya exclusivamente entre los géneros-sexos sino también, y con mayor incidencia cada día, entre las propias mujeres. Las diferencias de cualquier tipo (entre los sexos, clases, etnias o sexualidades) permanecen todavía hoy como vectores determinantes del estatus social de las y los individuos.

Las sociedades de las que formamos parte han sido perfiladas de acuerdo con una teoría que considera que todo conocimiento y desarrollo humano sigue una graduación positiva, es decir, de mejora progresiva, inevitable y definitiva. Los individuos y grupos sociales que han defendido tal aseveración unen “progreso”

con “desarrollo”, ecuación de la que se derivan dos realidades sociales que se retroalimentan y fortalecen mutuamente: el crecimiento de la economía de mercado como expresión unívoca de desarrollo, y el mantenimiento de las democracias representativas como parangón de la mejor forma de gobierno.

Sin embargo, tal y como se pone de manifiesto en foros como este, tal concepción de desarrollo y tal forma de gobierno no son ni las mejores ni las únicas posibles.

La ciudadanía con la que nos encontramos en estas sociedades del bienestar y de la abundancia es, en su mayoría, superficial, pobre y difusa. Las causas que nos han hecho llegar hasta este punto no me parecen, en absoluto, tenues, sino que se deben a grandes y fuertes procesos de gobernabilidad, control y neutralización. Además, y al margen de los aspectos formales, a la ciudadanía se sigue llegando hoy desde la propiedad, como antaño ocurría. Una propiedad vinculada a los aspectos más materiales de nuestra existencia pero también a los aspectos más subjetivos de la misma: las identidades.

Ser ciudadana/o hoy significa formar parte de un grupo privilegiado que está incluido en las reglas básicas de funcionamiento social y emancipado a su vez, y en principio, de cualquier tipo de traba legal o jurídica. La cuestión actual de “los papeles” que diferencia jerárquicamente a unas personas de otras ejemplifica perfectamente tal situación. La ciudadanía, por lo tanto, en vez de fundamentar una identificación política común de todos los individuos, sigue permaneciendo como una causa para la diferenciación de funciones sociales, de fragmentación de derechos y de jerarquización social. Hecho que no es sólo aplicable a los géneros-sexos sino también a las clases, etnias, sexualidades y nacionalidades distintas que encontramos en el mundo.

Las y los individuos que componen la ciudadanía son concebidos por el grueso de las teorías como seres autosuficientes y autónomos, egoístas por definición. Individuos que no se necesitan entre sí y que si lo hacen se debe a razones particulares o anómalas.

Dicho muy toscamente pero de forma útil para una aproximación a las ideas que muestro en las páginas venideras, podría decirse que comúnmente se entiende que el individuo egoísta es el que funciona como motor del capitalismo y que el individuo autónomo es el que se configura como tipo ideal de ciudadano en las democracias occidentales.

Tanto una como otra idea son las que pretendo poner en entredicho a la vez que me arrimo a la propuesta de reinventar/idear posibilidades para una transformación profunda y necesaria de la noción de ciudadanía y sus derechos inherentes. Mi intención no es apelar a razones últimas e indiscutibles como hacen aquellos a quienes criticamos, sino contribuir a la generación de teorías que se distancien de las evidencias comunes al formular los problemas. Y todo para formularlos de otra manera, más útil y extensa, y así posibilitar soluciones novedosas.

Cuando una trata de dar forma a dimensiones particulares de nuestra vida social, la evidencia de las implicaciones éticas y valorativas salta a la vista. Ningún conocimiento es neutral como tampoco lo es ningún discurso. En este empeño comprometido teórica y políticamente, me acojo al uso de una nueva palabra cuyas implicaciones están todavía en construcción: la cUIdadanía, como parte de un nuevo vocabulario que invente y descubra, interprete y haga visibles nuevos/otros aspectos de la realidad.

2. La lógica del cuidado: uniones y compromisos entre la economía y la política.

La posibilidad de colocar el cuidado como un derecho social de ciudadanía tiene implicaciones tanto políticas como económicas y, además, a un doble nivel: conceptual y práctico.

Las implicaciones económicas conceptuales nos dirigen a la redefinición de la noción de “trabajo” brillantemente expuesta desde la economía feminista y en contraposición a las concepciones que del trabajo se manejan en el pensamiento económico oficial. Las implicaciones prácticas están relacionadas, como veremos más adelante, con el reparto social equitativo de las responsabilidades de cuidado.

Por otro lado, las implicaciones políticas de la lógica del cuidado están en relación con la revisión conceptual del “sujeto de la ciudadanía” y, también, con la puesta en práctica de medidas concretas que reconozcan jurídicamente el derecho al cuidado de las y los individuos que componen la sociedad.

2.1. Usos y significados del trabajo.

Tal y como se viene anunciando desde la teoría económica feminista, el concepto de trabajo manejado en el imaginario social no es en absoluto neutral y, mucho menos, objetivo a un nivel científico. La fiabilidad de la noción de “trabajo” que a todas y a todos nos han ido enseñando y que se nos presenta como indiscutible no puede ser sino puesta en entredicho¹.

La identificación del trabajo (todo el trabajo) con el trabajo asalariado opera como realidad incuestionable en el funcionamiento de nuestras sociedades.

¹ Para una aproximación más precisa a la cuestión, ver, por ejemplo: Carrasco, C. (1999); Durán, M^a A. (1991); P. Orozco, A. y del Río, S. (2002); Rodríguez, A., Goñi, B., Maguregui, G. (1996).

Toda aquella actividad que comporte el intercambio de salario es considerada jurídica y socialmente como un trabajo. Por consiguiente, aquellas actividades que son percibidas por quienes las realizan como trabajo pero que no conllevan intercambio monetario no son consideradas ni en la literatura política ni en la económica como trabajo, de lo cual encontramos un ejemplo en las actividades realizadas *dentro* de las fronteras de *lo doméstico o familiar*. La misma anotación podría hacerse en el caso de parte de aquellas actividades que sí comportan intercambio monetario pero que quedan fuera de los límites de la regulación formal (mercado laboral). A este respecto un caso paradigmático es el del trabajo sexual, el cual sigue excluido hoy día de un reconocimiento oficial como “trabajo”.

Pero si nos fijamos en las acepciones que al concepto de *trabajo* ofrece la Real Academia de la Lengua Española² encontramos que los usos restringidos al concepto derivan no tanto de una estrechez real del léxico sino de unos intereses determinados por nombrar exclusivamente una parte de la realidad.

Así es como el concepto limitado de trabajo, sometido a la lógica de acumulación de mercancías, funciona como eje de articulación entre realidades dicotómicas (Durán, 1991) que, enumeradas, quedarían como sigue: 1) trabajo como esfuerzo humano aplicado a la creación de riqueza (acepción V) frente a la propiedad de los recursos productivos; 2) trabajo activo frente a trabajo inactivo (ocupados *versus* desocupados); 3) trabajo remunerado frente al no remunerado; 4) trabajo formal o normalizado frente al informal o sumergido; y 5) trabajo productivo frente al improductivo.

² Acepción I. ocuparse en cualquier ejercicio, obra o ministerio./ II. Solicitar procurar e intentar alguna cosa con eficacia, actividad y cuidado. / V. Esfuerzo humano aplicado a la creación de riqueza.

Aquellos individuos, por tanto, trabajadores/as de uno u otro tipo que no participan de las primeras clasificaciones son reconocidos como *inactivas*, *dependientes* o *improductivos*.

Como muchos y muy buenos son ya los análisis que denuncian el encasillamiento del trabajo en la rúbrica de la mercancía/monetización/mercado, no voy a detenerme mucho más en este punto. Mi intención ha sido simplemente la de hacer un breve recuerdo del olvido que las teorías económicas y políticas tienen respecto a aquellas actividades productivas no mercantilizadas para facilitar una presentación coherente de las propuestas que más adelante manifiesto.

Es necesario, pues, que frente a esta noción restringida que equipara trabajo con “trabajo asalariado” encontremos otras más acordes que reflejen la compleja realidad cotidiana. En este sentido, Bosch *et al.* (2005: 9) define el trabajo como la “actividad que se desarrolla de manera continua y que forma parte de la naturaleza humana” siendo una “práctica de creación y recreación de la vida y de las relaciones humanas” que, finalmente, “nos permite crear las condiciones adecuadas para que se desarrolle la vida humana partiendo de las condiciones del medio natural”.

Esta manera de entender el trabajo nos permite dissociarnos de la lógica de la acumulación propia del capitalismo ya que admite la valoración de otras realidades no identificables con el mercado laboral, la obtención de un salario o la producción de mercancías.

2.2 De la ciudadanía limitada a la ciudadanía completa

Antes de que en las Constituciones se hiciera un explícito reconocimiento a la ciudadanía social, lo que otorgaba los derechos políticos a los ciudadanos era, básicamente, su condición de propietarios. Con el reconocimiento de los derechos sociales, el trabajo (ese restringido), se fue convirtiendo en el aspecto decisivo para la adquisición del estatus de ciudadano. Todavía hoy ser ciudadano de pleno derecho implica, fundamentalmente, tener una renta, un salario. Y, como sabemos, la renta se adquiere mayoritariamente por medio del trabajo remunerado. Lo que ha de preocuparnos, por tanto, si queremos alcanzar una calidad de ciudadanía amplia y sin exclusiones, es la formulación de una nueva forma de ser político que sea independiente de cualquier mecanismo de distinción económica, además de sexual o étnica, por citar algunos otros mecanismos de exclusión.

Dentro de las teorías feministas han ido aumentando con el paso de los años los estudios acerca de la configuración histórica de la de la ciudadanía y su vigencia y significados actuales. Como es habitual que ocurra tanto en el feminismo activista y académico, las diferencias en los puntos de vista acerca de la validez o invalidez de la noción de ciudadanía para la construcción y reinención de alternativas cobran vital importancia. Si en lo referente a la revisión de la noción de trabajo existe un consenso más o menos generalizado en la economía feminista, no ocurre lo mismo con la noción de “ciudadanía” en la política feminista. Será acaso porque no existe nada que se llame “Política Feminista” o porque, sencillamente, la política es “omniabarcante” y comprende gran variedad de alternativas. Sea como fuere, y por mucho que nos cueste ponernos de acuerdo en unos mínimos que sinteticen las críticas y propuestas

políticas feministas, a mi juicio es indispensable un proceso de deconstrucción de la ciudadanía, de sus implicaciones y significados, para el diseño alternativo de otros mejores modos de encontrarse políticamente en la sociedad.

En 1949, T.H. Marshall avaló los múltiples progresos de la ciudadanía en los Estados de Bienestar³. Progresos que, como más arriba comentaba, ocurrieron de forma lineal y positiva, ensanchando sus límites más y más hasta convertirse en un fabulosos *estado-de-las-cosas* en el que los individuos de las sociedades occidentales se encuentran cómodamente y sin demasiados conflictos.

En el mundo del imaginario a veces ocurre que una determinada idea o teoría, sin que nadie sepa muy bien por qué, se erige como referente común para las ideas que bien detrás. Evidentemente, esto tiene que ver con los procesos de creación y difusión de conocimientos y, por tanto, con la interpretación del mundo y la proyección de tipos de relaciones sociales. Cuando Marshall escribió su obra haciendo un recorrido histórico para explicar la configuración liberal de los derechos civiles, políticos y sociales, todo su planteamiento estuvo centrado en un tipo de sujeto concreto: el individuo blanco, heterosexual, de clase media y sin discapacidad que, más o menos trabajosamente, se ganaba la vida a base de un salario. Lo importante es que todos aquellos que leyeron, estudiaron y citaron a Marshall repitieron las mismas falsedades etnocéntricas y patriarcales. Se olvidaron también de las experiencias de todos aquellos *otros sujetos* que no se identificaban con el “individuo oficial”: las mujeres de cualquier edad, etnia o clase, los hombres negros, los “no autónomos”, etc.

³ Marshall, T.H. (1949), *Class, citizenship and the social Development*.

El desarrollo histórico de la ciudadanía ha ido excluyendo a la mayor parte de los colectivos sociales y en nuestra mano queda que esto no siga sucediendo.

La ciudadanía civil (s. XVIII) siempre ha sido señalada como el origen del respeto a la libertad individual, pero, ¿libertad para qué individuos? ¿Qué libertad? Teniendo en cuenta el origen teórico de la ciudadanía (Teoría Liberal) esa libertad novedosamente reconocida era la de la propiedad individual: el derecho a tener una propiedad (tanto de bienes materiales como de individuos) y a que fuera protegida por las instituciones y la ley. Los individuos que sustentaron esa libertad, los nuevos ciudadanos, eran los que se identificaban con el hombre blanco anteriormente mencionado.

Este sujeto de la nueva teoría política fue el único beneficiario de una transformación de las relaciones sociales que impuso un nuevo derecho a la propiedad sobre unos derechos y obligaciones tradicionales que habían funcionado positivamente hasta el momento para grandes sectores de la población. Desde el principio, la ciudadanía vino a impactar negativamente en el bienestar de muchos grupos sociales: mientras que para algunos el derecho civil a las libertades individuales significó posesión, para la mayoría significó desposesión (Fraser y Gordon: 1992).

Otro aspecto importante a destacar en la constitución de la ciudadanía civil es el sesgo de género que también trajo consigo la institucionalización de otro tipo de desigualdad. Fue en este momento cuando la norma del salario familiar se erigió como pauta/modelo de estructuración familiar. Con ello, las esferas tradicionalmente conocidas como “pública” y “privada” se fijaron como espacios enfrentados dicotómicamente. Mientras la esfera de la sociedad civil se reconocía oficialmente como el lugar para el intercambio monetario de

recursos, la esfera doméstica o familiar se institucionalizaba como el lugar para los sentimientos *reproductivos*, alejados de cualquier intercambio imaginable.

Fuera de las normas contractuales, de los privilegios y derechos que ellas implicaban, quedaban todos aquellos individuos que no desarrollaban su existencia en los márgenes visibles de la sociedad civil. Junto a la paulatina adquisición de derechos, que comenzaban a aparecer como contributivos, empezaron a tomar forma las medidas que más tarde conoceríamos como “asistencia pública” o caridad (Fraser y Gordon: 1992), otra manera de llamar actualmente, por ejemplo, a los derechos derivados⁴.

Un siglo más tarde de la configuración de la ciudadanía civil, la historiografía política data la aparición de las libertades políticas. Las condiciones de elección, elegibilidad y de participación en los asuntos político-institucionales fueron ampliándose progresivamente pero, una vez más, únicamente para el hombre blanco asalariado: las exclusiones en la delimitación del sujeto de la ciudadanía se mantienen.

Es ya en el siglo XX cuando, tras duros periodos de conflictividad social, se inaugura en los Estados occidentales la “ciudadanía social”. El derecho a la sanidad, la educación y a la seguridad económica se consolidan como los tres pilares básicos del Estado de Bienestar. Marshall y sus acólitos dan por finalizado el desarrollo de la ciudadanía y los significados político-participativos de pertenecer a una sociedad comienzan a perder relevancia para la mayor parte de la literatura política. Al día de hoy, sin embargo, pero haciendo gala del mismo pensamiento del progreso lineal y siempre reformista, cuando

⁴ Los derechos derivados se adquieren en los Estados de Bienestar teniendo en cuenta los vínculos interpersonales. Los derechos directos, por el contrario, se adquieren en función de unas relaciones específicas con el mercado laboral (Ferrari y de Villota: 2000)

parecía que efectivamente habíamos llegado al *fin de la historia*⁵ y que la democracia liberal no daba más de sí en su esplendor, las instituciones políticas -españolas- nos sorprenden con un nuevo hito: la perfilación del “cuarto pilar del Bienestar”: una la Ley para la atención a las personas con *dependencias*⁶.

Entre todos aquellos que han avalado la idea de la ciudadanía social tal y como tradicionalmente se ha concebido, existe una idea común y no siempre verbalizada acerca de que su objetivo último es el de reducir las desigualdades de clase, pero *de aquella manera*, porque la reducción se trata de conseguir por medio de la protección simultánea al mercado y a la propiedad privada al tiempo que al trabajador (insisto: trabajador *asalariado*); es decir, influyendo en los mecanismos de distribución de los recursos pero no en la producción de esos mismos recursos. Los ejes sociales de desigualdad que habían sido desconsiderados anteriormente permanecen intactos. La ampliación de derechos que trajo consigo la ciudadanía social siguió, por consiguiente, vinculada a la perpetuación de los clásicos mecanismos de dominación social: el género/sexo, la etnia, la clase.

2.3 la lógica del cuidado como mecanismo de inclusión social

Tras el breve repaso que he hecho a la revisión crítica de las nociones de trabajo y ciudadanía, es de suponer que las conexiones entre “lo político” y “lo económico”, si es que alguna vez se pusieron en duda, se verán claras y fundamentadas. Una de las ideas concretas que engarza tales realidades lleva

⁵ Fukuyama, F. (1992)

⁶ Las personas a las que va dirigida la Ley, de una manera más concreta y precisa, no serían las *dependientes*, pues todas las personas lo somos, sino aquellas que se manifiestan en “situaciones de necesidades generales de apoyo”.

el nombre de la *lógica del cuidado*, la cual ha de ser entendida como una manera alternativa de concebir los modos y las formas en que se articula y mantiene la sociedad.

Mientras que la *lógica de la acumulación* que opera en nuestras sociedades basa su centralidad en los mercados y en la obtención de beneficios, la *lógica del cuidado* pone el énfasis en las y los individuos, priorizándolos (sus vidas, sus intereses, sus necesidades y deseos) sobre cualquier otro tipo de interés⁷. De esta manera, la situación vital de las propias ciudadanas sigue las pautas de la contextualización política, posibilitando el acercamiento teórico y práctico a sus propias realidades. En la *lógica del cuidado*, ni la economía ni la política se desmarcan de los sujetos, a diferencia de lo que determina la *lógica de la acumulación*, porque no se produce alejamiento alguno de su situación y su contexto. Como es fácilmente observable, la *lógica del mercado* hace uso de los individuos como medio para lograr un fin (la acumulación de beneficios) y, por ello, sus necesidades son sólo satisfechas en función del sostenimiento permanente de los intereses capitalistas.

Por fin tenemos a nuestra disposición un nuevo marco teórico para ser releído, reinventado y manejado, una nueva herramienta discursiva que nos evitará seguir a expensas de los intereses de la mano invisible de no-sé-quié para visibilizar nuevos caminos y prácticas, para hacer extensible ese “vivir bien”.

⁷ del Río, S. y P. Orozco, A. (2002)

3. Redefiniendo el cuidado

3.1. El cuidado desde un punto de vista económico

Las investigaciones de la economía feminista no cesan en constatar que las mediciones oficiales sobre el bienestar y la riqueza no incluyen todas las actividades económicas que se realizan en la sociedad. Las críticas a los métodos convencionales de contabilidad nacional han sido sólidamente construidas para denunciar el trato injusto que se le está dando al trabajo no realizado en los márgenes del mercado laboral. Numerosos estudios han demostrado que las dos terceras partes del trabajo realizado en el mundo se desarrolla en esos espacios que la literatura suele denominar *privados* y que, como sabemos, son realizados casi exclusivamente por mujeres.

Esta permanente invisibilización no sólo desprecia el papel que las mujeres han desempeñado tradicionalmente en la sociedad y en la economía, sino que también infravalora la importancia de un trabajo esencial para la existencia humana. Las carencias conceptuales, instrumentales y metodológicas que muestran las mediciones tradicionales del bienestar y la riqueza social quedan, pues, a la vista. La discusión colectiva sobre un conflicto que permanecía confinado en el ámbito de la familia y lo privado ha salido a la luz. Mas, ¿por qué se caracteriza el cuidado? ¿De qué manera contribuye al bienestar social?

Si entendemos que la economía se refiere a los procesos sociales de satisfacción de necesidades y no a la mera búsqueda y acumulación de beneficios, el trabajo de cuidados podría ser definido como aquellas actividades encaminadas a la “gestión y mantenimiento cotidiano de la vida y de la salud” (P. Orozco: 2006). Traspasando las fronteras de lo doméstico, el trabajo de

cuidados se caracteriza también por las componentes afectiva y relacional. Las implicaciones que están en juego, tanto desde quien las demanda como desde quien las atiende, corresponden a individuos concretos y no a objetos inanimados. Los sentimientos, por tanto, las emociones, están siempre presentes, de una u otra manera, en las relaciones de cuidado que determinan la vida humana. Con este comentario no quiero establecer en absoluto una jerarquía de los elementos implicados (materiales y/o afectivos) sino simplemente incidir en la visualización de lo no material porque, aunque nos cueste creerlo, desde los discursos oficiales su ocultación sigue siendo habitual. Un ejemplo de ello, y de gran actualidad, lo encontramos en el Anteproyecto de la Ley de Promoción de la Autonomía Personal aprobado recientemente por el Gobierno (diciembre 2005). Los documentos de los cuales se abastece tal anteproyecto reflejan una visión exclusivamente material en las alusiones a las necesidades de las personas *dependientes*⁸. Todas las necesidades afectivas quedan ocultadas o silenciadas.

La definición de “dependencia” que se está manejando en la construcción de este llamado cuarto pilar del bienestar manifiesta la ausencia de las consideraciones afectivas: [la dependencia] es un “estado en que se encuentran las personas que por razones ligadas a la falta o la pérdida de autonomía física, psíquica o intelectual, tienen necesidad de asistencia y/o ayudas importantes a fin de realizar los actos corrientes de la vida diaria y, de modo particular, los referentes al cuidado personal” (Consejo de Europa, 1998). ¿Dónde quedan esas necesidades cotidianas de atención afectiva? ¿Por qué su permanente ocultación?

⁸ Léase: *personas con necesidades intensas o generales de apoyo*.

ACTIVIDADES DE LA VIDA DIARIA, EDDES 99 ⁹ .
- Realizar cambios de las diversas posiciones del cuerpo y mantenerlas
- Levantarse, acostarse, permanecer de pie o sentado
- Desplazarse dentro del hogar
- Deambular sin medio de transporte
- Asearse solo: lavarse y cuidarse de su aspecto
- Controlar las necesidades e ir solo al servicio
- Vestirse, desvestirse y arreglarse
- Comer y beber
- Cuidarse de las compras y del control de los suministros y servicios
- Cuidarse de las comidas
- Limpieza, planchado y cuidado de la ropa
- Cuidarse de la limpieza y mantenimiento de la casa

Fuente: elaboración propia a partir del Libro Blanco de la Dependencia, 2005.

Otra de las características del trabajo de cuidados está en conexión con las diferentes relaciones de poder que intervienen en él. Digo “diferentes” porque no sólo entran en juego aquellas que hablan de las relaciones entre mujeres y hombres, también intervienen relaciones de poder entre las propias mujeres.

En las sociedades actuales los recursos de cuidado, igual que las mercancías y otro tipo de recursos, se transfieren de unas partes a otras del globo y se transnacionalizan. Con ello se da forma a nuevos ejes de poder entre las mujeres que las enfrentan y separan (Salazar Parreñas: 2001; Mohanty: 2003).

En palabras de Joan Tronto “cuando la organización del cuidado está siendo examinada críticamente en nuestra sociedad, los modelos que empiezan a aparecer demuestran cómo el cuidado delimita las posiciones de poder y

⁹ Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud de 1999.

despoder” (Tronto, 1993: 122). Atender a tales procesos sociales forma parte de la tarea feminista por interpretar la realidad y renombrarla. El sujeto de los trabajos de cuidados es, por consiguiente, un sujeto colectivo que extiende sus límites más allá de las propias fronteras nacionales.

No es la mujer individualizada quien realiza tales actividades sino las mujeres en plural. De este modo, haciendo extensivo el sujeto del trabajo de cuidados sin limitarlo a particularidades individuales, estamos haciendo posible la construcción de nuevos lazos de identificación recíproca, de conexiones entre experiencias comunes que adoptan la forma de uniones potenciales en base a afinidades compartidas.

A pesar de ser imprescindible para el funcionamiento social, no existen contraprestaciones sociales ni económicas para el trabajo de cuidados. La invisibilidad y la desvalorización social a que estas actividades se ven sometidas unen a la mayoría de las mujeres a lo ancho y largo del mundo. La transversalidad en el tiempo y en el espacio, otra característica de estos trabajos, implica un desempeño no ajustable a un único lugar: cuando se trata de cuidar o atender las necesidades de otra persona, la concreción del espacio dependerá de factores puntuales y concretos, no determinados a priori. Cuando hablamos de la transversalidad temporal estamos identificando una disimilitud más con los clásicos trabajos asalariados: los trabajos de cuidado no están (ni pueden) sometidos a las pautas de horario fijo que caracterizan comúnmente a los otros trabajos. La producción de riqueza humana y vital no atiende a relojes ni calendarios: su desarrollo se encuentra en un continuo espacial y temporal.

Finalmente, la multitarea se entrona como otra de las características más relevantes del trabajo de cuidados. Actividades múltiples y variadas que se realizan cuando una cuida y que implican, profundamente, “la polivalencia de conocimientos” (del Río, P. Orozco: 2002) de quienes lo realizan, además de un estado físico y anímico considerablemente enérgico y resistente.

3.2. El cuidado desde un punto de vista político

Del mismo modo que es colectivo el sujeto del trabajo de cuidados, también lo es el sujeto de las *necesidades* de cuidado, y lo es por una sencilla razón: todas y todos somos dependientes.

Esta idea desindividualiza la noción de dependencia tanto a nivel formal como político y por ello se encuentra en oposición directa con las concepciones avaladas desde la epistemología oficial y las políticas públicas. Al proclamar el carácter “colectivo” del sujeto de las necesidades de cuidado estoy poniendo énfasis en la ruptura con el individuo autónomo y universal-izado de la modernidad a la vez que levantando barreras a la estigmatización social que conlleva en nuestras sociedades la situación de dependencia, necesidad o discapacidad.

Es evidente que los distintos grados y formas en los que se manifiestan las necesidades de cuidado en los individuos implican diferentes medidas a tomar. Por tanto, el derecho al cuidado, en su universalidad, habrá de adoptar dimensiones variables para satisfacer adecuada y apropiadamente las necesidades requeridas. No por ello, sin embargo, podemos sostener el discurso que diferencia dicotómicamente a las personas dependientes de las que no son: “[la dependencia] plantea la concurrencia de tres factores: en primer lugar, la existencia de una limitación física, psíquica o intelectual que

merma determinadas capacidades de la persona; en segundo lugar, la incapacidad de la persona para realizar por sí misma las actividades de la vida diaria; en tercer lugar, la necesidad de asistencia o cuidados por parte de un tercero” (Libro Blanco de la Dependencia, 2005).

Las nociones de individualidad, anormalidad o “extraordinariedad” de la dependencia son pieza angular de la futura Ley de Autonomía Personal del Estado español. Esto demuestra que la dependencia no es vista, tal y como trato de demostrar, como una característica inherente a los humanos que, sin duda, será mayor o menor en función de las circunstancias personales y del periodo del ciclo vital.

Desde esta noción restringida de dependencia, los cuidados que necesitan las personas son también considerados de forma limitada. En palabras de P. Orozco, el cuidado es, pues, definido en tanto que “ligado a las facetas materiales y centrado en la condición de dependencia como una situación individualizada basada en un supuesto de normalidad que marca la desviación, determinando quiénes no disfrutan de una salud o de un cuerpo normales, sin atender a que todo criterio de normalidad es una construcción social” (2006).

La individualidad que acompaña a la noción del “ciudadano” ha sido construida en la modernidad. La igualdad formal ante la ley que acompañó al universalismo jurídico liberal dio como resultado la creación de un tipo ideal de individuo-ciudadano homogéneo y descontextualizado. Tras estos marcos teóricos se ocultaron las realidades de conflicto inherentes a cualquier vida individual y colectiva además de que permitió despojar a los sujetos de sus identidades múltiples y sus circunstancias particulares. Esta “abstracción y

vaciedad antropológica” (Farriñas Dulce: 1999) eliminó toda diferencia entre los individuos y toda pluralidad social. En la práctica, todo esto vino a significar exclusión e injusticias sociales.

Pero afortunadamente hoy parecemos ser conscientes de que el modelo está en crisis: los clásicos conceptos de individuos, ciudadanía, derechos fundamentales, política, economía... se nos han quedado obsoletos y pequeños. Si nunca constituyeron una representación acorde a las realidades sociales mucho menos sirven hoy para nombrarlas. No sólo debemos rehacer la figura del individuo para entenderlo como ser que contiene multitudes¹⁰ sino también reconstruirlo desde el ser abstracto al concreto y dependiente de su contexto, esto es, de las realidades simbólicas y físicas que lo rodean, de las personas y sus construcciones sociales.

Estas últimas consideraciones nos llevan finalmente a descartar cualquier vinculación exclusiva de la dependencia con la materialidad. En la relación recíproca y variable entre quienes cuidan y son cuidados intervienen, junto con las tareas específicamente materiales, dimensiones afectivo-relacionales. Esta es la dependencia que todas manifestamos, más allá de ser capaces de realizar, en mayor o menor grado, las actividades de la vida diaria.

Hasta que no seamos capaces de admitir en un plano teórico que no somos ni seremos nunca seres totalmente autónomos e independientes de las atenciones y cuidados de los demás, no conseguiremos romper con las limitaciones epistemológicas y políticas del liberalismo. En la tarea deconstructiva del sujeto y las relaciones sociales que desempeñan las teorías críticas, en la búsqueda y reinención de maneras de vivir más plenas y

¹⁰ Alusión a los versos de Walt Whittman: “¿Me contradigo? / Pues muy bien: me contradigo / Soy vasto, contengo multitudes”, (Canto de mí mismo, *Hojas de hierba*: 1855).

satisfactorias, las nociones de cuidado e interdependencia deberían ocupar un lugar destacado para no seguir repitiendo las mismas palabras y los mismos métodos.

4. La ciudadanía en construcción: del concepto al objeto

Desde diversos lugares se oyen las voces que claman por la necesidad de construcción de nuevos discursos, por la búsqueda de nuevos modelos y ciudadanías alternativas, por la invención de nuevas palabras y conceptos que nos sirvan para nombrar de otra manera las realidades.

Es en esta búsqueda en la que intento contribuir aportando sencillas pinceladas a un concepto-idea que, por suerte, el azar puso ante nosotras: la ciudadanía¹¹. Así, podremos ir dándole forma y construirlo a medida que lo utilizamos, cargándolo de valor y significados útiles para nuestros proyectos.

4.1. Implicaciones conceptuales de la ciudadanía

Las realidades sociales son validadas mediante el lenguaje, el cual las perfila y dibuja para dotarlas de sentido en el imaginario social.

Necesitamos un lenguaje nuevo que signifique las nuevas ideas y prácticas sociales que en muchos lugares ya están en funcionamiento. Si no lo hacemos, corremos el peligro de que tales prácticas e ideas permanezcan en el terreno de lo desconocido y, así, su existencia podría quedar invalidada o disminuida (Fraser: 1997).

Al mismo tiempo que las palabras son herramientas que utilizamos para definir la vida social, son fuerzas activas que la moldean. Desde los espacios críticos y de resistencia en que nos movemos, parte de nuestra tarea consiste en

¹¹ del Río, P. Orozco, Junco (2004).

redefinir la realidad con nuestras propias palabras y nuestros gestos y otra parte de la misma consiste en dar una respuesta adecuada a las necesidades y deseos que percibimos e interpretamos y que muchas veces se encuentran ocultos o silenciados en los discursos mayoritarios.

Por esto mismo, y para posibilitar una confrontación discursiva y prácticas subversivas, la ciudadanía puede ser de gran utilidad.

Ya la literatura filosófica nos ha advertido de que el lenguaje no sólo tiene una función representativa sino también una dimensión performativa, influyente, creativa. Lo que decimos no posee solamente un significado prescriptivo sino, además, proyectivo. Esta es la razón del simbolismo ético y político de las palabras. Esta es la manera en que se desvirtúa la pretendida neutralidad del lenguaje. Digamos pues, digamos palabras nuevas y transformativas porque el lenguaje, también, construye alternativas.

4.2. Implicaciones políticas de la ciudadanía. Conclusiones finales.

Ahora que he tratado de enmarcar brevemente el nuevo vocablo de ciudadanía, es preciso delimitar su contenido y hacer visibles los significados políticos que trae consigo.

Me parece importante precisar que tales significados políticos brotan de un lugar al que todavía no ha llegado la corrupción de los conceptos. Así, la política no es identificada aquí solamente con las instituciones del mismo modo que el trabajo no se identificó con el mercado ni la economía con el beneficio.

Cuando hablamos de ciudadanía no estamos construyendo una noción política a espaldas de los sujetos como hacía la ciudadanía liberal con sus difusas nociones de abstracción y homologación individual. La ciudadanía no descontextualiza las situaciones concretas de los individuos porque, como nos mostró la lógica del cuidado, no se aleja de sus necesidades.

Al tener como principal referente las situaciones concretas de los individuos, sus necesidades y sus deseos, la ciudadanía implica heterogeneidad. Desde el punto de vista político no es interpretada como algo estático o inamovible sino que involucra movimiento, fragmentaciones. De este modo, las diferencias tratadas como desigualdades en el androcentrismo liberal se vuelven multiplicidades complejas no jerarquizadas. Las diferencias y la igualdad no se oponen sino que se complementan.

Si entonces son los individuos en su variedad los que pasan a ocupar un lugar central en esta nueva noción política en construcción, ¿qué ocurre con el pasivo sujeto político al que las sociedades se han acostumbrado? La respuesta es muy sencilla pero implica compromisos: al priorizar la satisfacción de las necesidades de los individuos y conectarlas con el cuidado se está llamando a la acción y responsabilidad individual y colectiva. La ciudadanía puede abrir caminos para la participación en los procesos de elaboración de políticas y en su puesta en marcha y así no quedar ajena la política a la participación de las y los ciudadanos implicados. De este modo, se puede asegurar que las medidas adoptadas colectivamente atiendan más de cerca las demandas concretas de la ciudadanía.

En lo relativo al cuidado, las propuestas aún están por definir y precisar pero, de momento, propongo posibilidades en la línea de las “soluciones

transformativas” de Nancy Fraser (1997). Esta autora, frente a las “soluciones afirmativas” que implican una reforma de las maneras en que se incide sobre las desigualdades en el reparto social del cuidado, ofrece un nuevo modelo en el que las responsabilidades de cuidado recaerían en distintos niveles sociales, a saber: 1) sistema único de seguridad social; 2) grupos domésticos y redes íntimas; y 3) “instituciones organizadas localmente pero financiadas por el estado” (1997: 91).

Haciéndonos eco de las transformaciones postmodernas del mercado laboral y de la familia, tengo la sensación de que el modelo propuesto por Fraser hace una década no se ajusta totalmente a la configuración de un nuevo modelo que nos permitiera poner en práctica los valores e ideas de “contextualización, participación y responsabilidad” (Seco Martínez y Rodríguez Prieto, 2004) e interdependencia y deconstrucción de la división sexual del trabajo. Por ello, propongo recalificar los niveles de distribución de cuidado de la siguiente manera:

1- creación de una red institucional para la sostenibilidad de la vida. Implicaría un trabajo de cuidados profesionalizado y una cobertura universal, gratuita y sin contraprestaciones. Equivaldría al reconocimiento institucional del derecho social al cuidado.

2- consolidación y extensión de redes civiles para la satisfacción de necesidades locales. El funcionamiento de tales redes sería autónomo de la red institucional y no tendría porqué implicar un trabajo profesionalizado. El diseño de la estructura sería horizontal y colectivo.

3- reforzamiento de las redes de convivencia primaria que ya funcionan actualmente para dar cobertura a las necesidades no satisfechas por las instituciones públicas de bienestar.

A continuación, y a modo de esquema, lo perfilo en una tabla la propuesta¹² que, insisto, requiere revisiones y una construcción colectiva:

	RED INSTITUCIONAL	REDES CIVILES	REDES DE CONVIVENCIA
Necesidades (materiales y afectivas)	Generales: sostenibilidad de la vida social	Locales	Íntimas, primarias
Funcionamiento	Trabajo profesionalizado	Autónomo, estructura horizontal y colectiva	Autónomo
Cobertura	Universal, gratuita, sin contraprestaciones	Universal, gratuita, participación "activa-pasiva"	Íntima, inmediata
Financiación	Sistema impositivo general	Sistema impositivo general + mecanismos de autonomía financiera	Recursos de la inmediatez cotidiana

Modelo de Redes en el cuidado: cUIdadanía. Fuente: elaboración propia.

Si bien es menester suponer que la dicotomía entre lo público y lo privado quedaría eliminada con tal repartición social de los trabajos de cuidado, sería demasiado optimista el considerar que las resistencias masculinas al nuevo modelo permanecerían inamovibles. Entiendo también que es demasiado

¹² Frente a los modelos existentes en los Estados de Bienestar (de protección universal, asegurador-corporativista y asistencial), la propuesta del "Modelo de Redes" rompe con las concepciones tradicionales del cuidado y la ciudadanía y con el reforzamiento de la división entre cuidado formal y cuidado informal.

suponer que otros sectores femeninos de la sociedad abrazarían con gusto una redistribución así de los cuidados por cuanto significa de implicación y participación ciudadana. Sin embargo, tiendo a creer que dado que ha sido el colectivo de mujeres el que ha tratado de satisfacer tradicionalmente las necesidades de cuidado de la población, un reparto de tales trabajos se le presentaría como atractivo. Además, me parece oportuno reconocer que los nuevos tiempos también nos están trayendo algunas rupturas con el modelo de varón tradicional y cada vez más hombres, en su meritoria minoría, están dispuestos a cuidar, además de a muchas otras cosas...

Los estudios de la masculinidad están aportando notables impulsos a la transformación del modelo de "hombre" que se les (nos) impone del mismo modo que las teorías y prácticas feministas nos aportaron también nuevas formas de "ser mujeres".

En esta manera de entrelazar el trabajo y las necesidades de cuidado tanto el reconocimiento como la valoración social quedan registrados. También, los valores de reciprocidad e interdependencia se conectan con un derecho universal al cuidado que implica la centralidad de la vida por encima de otros intereses.

Mas, en este deber de asegurar garantías de subsistencia a las personas entre las cuales el derecho al cuidado sobresale, ¿estamos hablando de *Justicia* o por el contrario estamos refiriéndonos a las concepciones feministas de la *Ética del Cuidado*? Lejos de querer mantener una oposición binaria entre ambas concepciones tendríamos que situar la propuesta bajo ambos prismas porque, probablemente, no sean tan contradictorios como se pretende (Agra Romero:

1999). Si todo lo que ha permanecido históricamente en el llamado “ámbito privado” forma parte indiscutible de la sociedad civil y la sociedad civil constituye a su vez la estructura básica de la sociedad en su conjunto, todo lo que concierna al ámbito de la sociedad debe ser justo. Por esta razón, la atención a las necesidades de las y los demás es justa. Pero a su vez tal atención se identifica con una ética que ha sido tradicionalmente vinculada a los valores de la feminidad. Como siempre se hace a la hora de construir nuevos modelos, habremos de escoger lo mejor que cada una de las partes nos ofrezca.

Ahora que parece estar superado el debate acerca de la construcción social del género y que hemos empezado a desaprender lo aprendido para reinventar otros mundos, la receptividad exclusiva de las mujeres que defendían algunas feministas de los ochenta y que aún hoy defienden amplios sectores de la sociedad, se replantea como una cualidad humana susceptible de ser incorporada a cualquier comportamiento individual.

Más allá de las bromas al uso, ya no nos valen las etiquetas genéricas para dividir a las personas entre fronteras infranqueables. No es deseable que las mujeres sigan monopolizando los trabajos de cuidados. Lo deseable es que proyectemos categorías inclusivas que nos permitan a todos gozar de un derecho por inventar, el derecho universal al cuidado, y que nos permitan a su vez erigirnos como ciudadanos/as activos en el mantenimiento de nuestras sociedades, nuestras relaciones y nuestras vidas.

ana f. vega
febrero, 2006

Bibliografía

- Agra Romero, M^a Xosé (1999): "El alcance de la justicia y las complejas desigualdades de género", en Ortega, H., Sánchez, C. y Valiente, C., *Género y ciudadanía: una revisión desde el ámbito privado*, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid.
- Agulló Tomás, M^a Silvera (2001): *Mujeres, cuidados y bienestar social: el apoyo informal a la infancia y a la vejez*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- Bosch, Anna, Carrasco, Cristina y Grau Elena (2004): "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo", IX Jornadas de Economía Crítica, disponible en <http://www.uncm.es/info/es>
- Carrasco, Cristina (ed.) (1999): *Mujeres y Economía: nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Icaria, Barcelona.
- Castells, Carme (comp.) (1996): *Perspectivas feministas en Teoría Política*, Paidós, Barcelona.
- Diccionario de la Lengua Española, XXI Edición.
- del Río, Sira y P. Orozco, Amaia (2002): "La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados", *Rescoldos-Revista de diálogo social*, núm. 7, pp. 15-37.
- Ferrari, Ignacio y de Villota, Paloma (2000), *La individualización de los derechos sociales y fiscales en España: un modelo alternativo*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- Fraser, Nancy y Gordon, Linda (1992): "Contrato versus caridad. Una reconsideración de la relación entre ciudadanía civil y ciudadanía social", *Isegoría*, núm. 6, pp. 65-82.
- Fraser, Nancy (1997): *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, Siglo del Hombre Escritores, Bogotá.
- Fukuyama, Francis (1992): *El fin de la Historia y el último hombre*.

- Junco, Carolina, P. Orozco, Amaia y del Río, Sira (2004): "Hacia un derecho universal de ciudadanía (sí, de ciudadanía)", Comisión Confederal contra la precariedad- CGT. Disponible en <http://www.lahaine.org/articulo.php?p=6411&more=1&c=1>.
- Libro Blanco de la Dependencia (2005).
- Marín, Gloria (1993): "Ética de la Justicia, Ética del cuidado", disponible en <http://www.nodo50.org/doneselx/etica.htm>.
- Marshall, T.H. (1949), *Class, citizenship and the social Development*.
- Mohanty, Ch. T. (2003): "Under Western Eyes Revisited: Feminist Solidarity through Anticapitalist Struggles", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, pp. 499-534.
- P. Orozco, Amaia (2006): "Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico", *Revista Feminista*, próxima publicación.
- Salazar Parreñas, Rhacel (2004): "The Globalization of Care: Patriarchal Households and Regressive State Regimes in the New Economy".
- Seco Martínez, Jose María, Rodríguez Prieto, Rafael (2004), "Aspectos descriptivos y prescriptivos para una re-construcción democrática de ciudadanía", 4ª Congreso sobre la inmigración en España, ciudadanía y participación. Girona, 10-13 noviembre de 2004. Disponible en http://www.udg.es/congres_immigracio/meses/TAULA04/ponencies/M4P-Seco.PDF.
- Tronto, Joan (1993): *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Whitman, Walt (1998): *Hojas de hierba*, Alba, Madrid, (1855).